

## ***Nuevo amanecer***

### **Ponencia con motivo del XVIII Pleno de Vida Ascendente**

*Madrid, casa de espiritualidad de las Esclavas de Cristo Rey  
(C.Arturo Soria, 228, Madrid), miércoles 22 de marzo de 2023, a las 11 horas.*

#### **1. Salutación y dos recuerdos entrañables**

Ante todo, un saludo muy cordial a D. Álvaro Medina, presidente, a D. José Ignacio Figueroa, consiliario general, y a todos los miembros de Vida Ascendente. Os agradezco de corazón vuestra invitación para participar hoy en vuestro XVIII Pleno, al que asisto en tanto que obispo acompañante del Foro de Laicos de España, al cual pertenecéis. Demos gracias a Dios porque, pasada la prueba de la pandemia del Covid-19, podemos de nuevo recuperar la presencialidad de nuestra vida comunitaria, y en concreto las reuniones habituales de vuestro movimiento cristiano de Vida Ascendente.

Por cierto, creo que el título de mi exposición quiere hacer referencia a la nueva realidad que nos plantea la superación de la pandemia del Covid, con el retorno a la dinámica de nuestros encuentros presenciales, que fueron tan drásticamente interrumpidos por la reclusión dictada por el estado de alarma.

Con mucho gusto he venido a vuestra asamblea, porque os diré que personalmente me siento obligado a secundar lo que me habéis pedido.

¿A qué se debe este sentido de cercanía y de afecto a vuestro movimiento? Ante todo, al haberlo conocido desde sus orígenes y haber sido testigo de sus bondades, de sus buenos frutos. Es aquello del Evangelio: “Por sus frutos los conoceréis”; y aquellas otras palabras de Jesús: “El árbol bueno da buenos frutos”.

Este afecto mío a Vida Ascendente va unido a dos personas: el padre jesuita Lluís Antoni Sobrero y el laico, y periodista muy conocido en el mundo de la radio, Joan Viñas Bona. Dos grandes apóstoles, que tienen un lugar de honor en Vida Ascendente.

Del padre Sobrero, un jesuita muy entregado a las obras de carácter universitario en Barcelona, en ESADE en concreto, siempre recuerdo su gran ayuda a la archidiócesis barcelonesa, sobre todo con la creación y la animación apostólica de Vida Ascendente – o “Vida Creixent” en catalán- en sus orígenes. En la misa exequial en sufragio de su alma, celebrada en el Centro Borja de los Jesuitas en Sant Cugat del Vallès, un jesuita le dijo a un sacerdote diocesano que asistía a dicha misa: “Hacéis bien en acompañar a Sobrero en este acto, porque es mucho lo que él ha hecho por la archidiócesis”.

Del padre Sobrero sólo les recordaré su lema, que resumía su pensamiento sobre la filosofía de Vida Ascendente: “No se trata de añadir años a la vida, cosa que no está mal, sino sobre todo de *añadir vida a los años*”.

Del seglar Joan Viñas Bona, sólo diré que era el entusiasmo en persona. Después de su apoyo generoso a los Cursos de Cristiandad, se dedicó, en los últimos años de su vida, a dar impulso a Vida Ascendente. Me parece que a él se debe aquella síntesis de la finalidad de Vida Ascendente, en estos tres elementos, si no recuerdo mal: amistad, espiritualidad, apostolado.

Tres palabras, tres llamadas a la acción como cristianos que van a ser también las que guiarán estas palabras mías.

Vuestra Asamblea se titula *Nuevo amanecer* y se sitúa entre el hecho de la pandemia y la vida posterior a ella, la vida que sigue... Por eso, he preparado tres reflexiones, como tres contraposiciones entre tres hechos de la pandemia –individualismo, fragilidad, privacidad de la vida de fe- y tres actitudes que será bueno proponernos para el tiempo de postpandemia: fraternidad, esperanza y testimonio de la fe.

Por tanto, he aquí las tres contraposiciones que les propongo:

- Frente al individualismo, la fraternidad (Amistad).
- Frente a la fragilidad, la esperanza (Espiritualidad).
- Frente a la privacidad de la fe, el testimonio (Apostolado).

Miraré de ilustrar cada una de estas contraposiciones con algunas citas del magisterio del papa Francisco en sus catequesis sobre la tercera edad de 2022. Les recomiendo la lectura de las 20 catequesis que se pueden leer en Internet, en la página web del Vaticano. Yo no las comentaré todas (¡no se me vayan ustedes a asustar! Tranquilos, eh?).

## **2. Frente a la soledad individualista, la fraternidad (Amistad)**

La pandemia y su control para evitar mayores males comportó un confinamiento domiciliario y esto supuso una soledad obligada para muchos, con la situación muy dolorosa de no poder acompañar a los padres y a otros familiares en el tránsito de la muerte.

Con el título de un Nuevo amanecer, dado a este vuestro XVIII Pleno habéis querido subrayar que, gracias a muchas personas, se abre un nuevo horizonte colectivo. Es de justicia subrayar la generosidad de tantos trabajadores y trabajadoras del mundo sanitario durante la etapa más dura del confinamiento domiciliario. Nuestra sociedad fue generosa en reconocer y agradecer su servicio, a veces heroico.

Del individualismo del confinamiento, ¿hemos salido realmente mejores? Cada uno lo puede contestar a nivel personal y a nivel colectivo, es decir, como sociedad. Pensemos, naturalmente, en nuestra sociedad española, la respuesta es más difícil. ¿Habremos aprendido algo, para poder ser mejores como sociedad?

Como cristianos, les propongo este compromiso, inspirándome en lo que nos recuerda a menudo el papa Francisco: la necesidad de crecer en la vivencia de

la fraternidad. Recordemos que es el tema de su tercera encíclica titulada *Fratelli tutti*, inspirada como la segunda -*Laudato si'*- en el testimonio y el ejemplo de san Francisco de Asís.

El Santo Padre insiste mucho en el valor de la vivencia anónima de la fraternidad. “A menudo –decía en la catequesis sobre la vejez del 11/05/2022- el heroísmo se encuentra en la tenacidad del amor vertido en una familia difícil y a favor de una comunidad amenazada”.

Permitidme decir lo que muchos creo que habéis experimentado: los humanos actuales no somos tan resistentes como nuestros antepasados próximos al dolor, a la frustración... Somos flojos, tenemos “flojera” (perdón por el término latinoamericano). ¿A qué puede deberse, nos podemos preguntar?

Una posible respuesta sería esta: tenemos poca resiliencia, es decir poca fortaleza, poca capacidad de afrontar las durezas de la vida porque hemos crecido en una cierta seguridad de que las etapas duras nos serían ahorradas. Y esto era –es- una imaginación que no se sostiene ante la prueba de la realidad.

Como cristianos, esforcémonos en superar la “flojera”. Seamos humildes, y esto nos hará más capaces de encajar las durezas de la vida como seres humanos, en primer lugar. Cito un titular tomado del diario La Vanguardia, del 15 de marzo de 2023, pág. 24, sección “Sociedad”: “Uno de cada cuatro españoles va al psicólogo o al psiquiatra”; subtítulo de la misma información: “Casi un 60% de los ciudadanos se sienten tristes y pesimistas”. Y en un destacado de la información a tres columnas se leía esto: “el porcentaje de ideas o de intentos de suicidio entre los jóvenes duplica el de la población general”. Les ruego que no vean en esta cita una crítica a la asistencia para la salud mental de los ciudadanos. No es esto lo que quiero hacer. Lo que sí deseo señalar es que, como dice un amigo mío, “la fe es terapéutica”, es decir sanadora y también previsora de los males que nos puedan sobrevenir en la vida.

Paso a la aplicación para los miembros de Vida Ascendente: valorad el clima de fraternidad y de amistad tanto a nivel de movimiento como en el grupo. La fe vivida en este clima es sanadora, es decir, terapéutica.

### **3. Frente a la fragilidad, la esperanza (Espiritualidad)**

Ya tenemos suficiente perspectiva social para poder afirmar que la pandemia fue una experiencia de la fragilidad de nuestro mundo, de nuestras sociedades. Tendemos a veces a creernos dioses, seres perfectos, capaces de todo y la vida nos enseña la verdad de nuestra fragilidad personal y social, la verdad de nuestra contingencia, un concepto metafísico que nunca deberíamos olvidar: nuestra realidad es nuestra fragilidad. Lo hemos visto en las consecuencias de la pandemia, en especial en la infancia y en la juventud. La contingencia se expresa en un pensamiento de Benedicto XVI que decía así: “Ninguno de nosotros se ha dado a si mismo el ser, sino que es algo que nos ha sido dado”,

y como gracia, añadirá el cristiano: “Todo es gracia”, ¿por qué te empeñas en enorgullecerte?

En una de sus catequesis sobre la ancianidad (la del 29/03/2022), el papa se preguntaba: “¿Qué podemos aprender de estos dos ancianos, Simeón y Ana, que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, fueron al templo para acoger a Jesús Niño cuando era llevado allí por María y José?”. Y respondía: la docilidad al Espíritu Santo, al que pedimos en el *Veni Creator Spiritus: Accende lumen sensibus*, “enciende la luz de nuestros sentidos”, para que descubramos al Dios que pasa. “Temo al Señor que pasa” y no lo sabré reconocer, decía San Agustín. Tengo miedo de no darme cuenta de que pasa y dejarlo pasar. Simeón y Ana son un gran ejemplo de esta necesaria sensibilidad espiritual. Su sensibilidad no está anestesiada, como hoy sucede en muchos, tienen unas antenas sensibles, y reconocen en aquel Niño la visita de Dios. “No renunciéis nunca a distinguir el bien del mal, y a no confundirlos”, les decía el papa San Juan Pablo II a los jóvenes en una Jornada Mundial de la Juventud. Simeón y Ana ven en aquel Niño la visita de Dios. Ellos no se hacen protagonistas; se contentan con ser testigos, y por ello “hablaban a todos de aquel Niño”.

“Hoy necesitamos mucho de la sensibilidad del espíritu, de la madurez del espíritu, necesitamos ancianos y ancianas sabios, maduros en el espíritu, que nos den una esperanza para la vida” (Catequesis del 29/03/2022). Así, la fragilidad ante la pandemia nos ha llevado a la urgencia de vivir la esperanza cristiana en nuestra tan necesaria espiritualidad.

#### **4. Frente a la privacidad de la fe, el testimonio (Apostolado)**

Es ya un tema sabido que en los últimos siglos y en los países occidentales se ha extendido el fenómeno llamado la privatización de la fe, que tiene muchas derivaciones, una de las cuales se expresa en la conocida frase “la fe y la Iglesia que se queden en las sacristías”. Algunas personas vieron durante la pandemia y el confinamiento una imagen que resultó dramática: el papa solo, ante una imagen de Cristo crucificado en una plaza de San Pedro solitaria, sin ninguna presencia de pueblo. Para algunos un signo dramático de la marginación de la Iglesia; para otros, una imagen del final de la Iglesia, por algunos no lamentado, sino deseado.

Amigos míos, permitidme “que vaya al grano”, como suele decirse. La vivencia de la fe, que sufre un proceso de marginación social encubierto a veces y otras veces patente, se nos está haciendo difícil, arduo. Creo que era Charles Péguy que dijo que “no se puede creer impunemente”. Creer es un compromiso que no es rutina y descanso, sino esfuerzo y sacrificio, a veces incluso martirio. Los cristianos son en la actualidad la religión más perseguida en el mundo, como afirman diversos estudiosos.

Recientemente, me ha impresionado mucho una reflexión del teólogo suizo de habla y cultura alemana Hans Urs von Balthasar (vivió entre 1905 y 1988). No hay duda de que es una de las grandes figuras del pensamiento cristiano en el siglo XX, calificado como “el teólogo más culto y el pensador cristiano más universal del siglo XX”. Pues bien, Von Balthasar dejó escrito algo sobre el

último concilio ecuménico, el Vaticano II: “Si uno se pregunta sobre el resultado del último concilio, en lo que depende de nosotros, diríamos lo siguiente: es la presentación de la Iglesia, desarmada, ante el mundo. Es la demolición de los bastiones”. Tal afirmación se encuentra en el capítulo IV de su libro en la edición en francés titulada: *Córdula o la prueba decisiva*, una apología del martirio como el testimonio supremo de la fe. La versión en castellano de este libro se tituló *Seriedad con las cosas. Córdula o el caso auténtico*. (Salamanca, editorial Sígueme, 1968).

Recordarán algunos que, en pleno Concilio, algunos comentaristas, viendo las posiciones que se tomaban, como la renuncia a la confesionalidad de los Estados –sin duda un arma fuerte en el orden jurídico- hablaron del final de la larga “era constantiniana de la Iglesia” (aludiendo al emperador Constantino el Grande, que en el año 313 puso el final del tiempo de las persecuciones con el Edicto de Milán, de tolerancia con el cristianismo).

Sin embargo, antes de Constantino y también después, la fe es un *acto público*, y el mensaje de Jesús es un *asunto público* y no una simple interiorización “espiritualista”, sin ninguna incidencia pública hacia fuera. El mismo Jesús dice a sus discípulos: “Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados” (Mt 10, 27; Lc. 12, 3).

Amigos de Vida Ascendente, demos gracias a Dios por pertenecer a una Iglesia que, por encima de seguridades de poder y de influencia desde las instancias de poder, ha optado por seguir al Jesús crucificado, libre ante los poderes mundanos que lo llevan a la Cruz.

Pero, además, reconozcamos, que la vivencia dura de la fe es la que es, necesitamos alimentar la vivencia de la fe en clima más cálido de la misma fe en la familia, la comunidad de la celebración de la fe, o el movimiento cristiano, como les deseo que lo sea para todos ustedes Vida Ascendente en esta nueva etapa, en la que puedan alimentar su fe y dar testimonio de ella con su apostolado ante nuestra sociedad.

## **5. Los ancianos, los niños y los jóvenes (Ante una atención de urgencia humana y también religiosa, si es posible)**

Decía el papa Francisco en una de las catequesis sobre la ancianidad (2 de marzo de 2022): “Los jóvenes son víctimas inconscientes de esta escisión entre el tiempo del reloj, que quiere ser quemado, y los tiempos de la vida que requieren una adecuada fermentación. Una larga vida permite experimentar estos largos tiempos y los daños de la prisa”.

Añadía el Santo Padre: “La vejez, ciertamente, impone ritmos más lentos, pero no son sólo tiempo de inercia. La medida de estos ritmos abre, para todos, espacios de sentido de la vida”. Les recomiendo una obra muy querida por mí: la de Víctor Emil Frankl, *El hombre en busca de sentido*. Estos espacios de sentido son desconocidos por la obsesión de la velocidad. Perder el contacto con los ritmos lentos de la vejez cierra estos espacios para todos.

“Es en este horizonte que he querido instituir la fiesta de los abuelos en el último domingo de julio. La alianza entre las dos generaciones en los extremos de la vida –los niños y los ancianos- ayuda también a las otra dos –los jóvenes y los adultos- a vincularse mutuamente para hacer la existencia de todos más rica en humanidad”.

El papa Francisco dijo que “en este período (se refería al tiempo del obligado confinamiento a causa de la pandemia), los abuelos actuaron como barrera ante la *deshidratación* emocional de los pequeños”. La infancia, la adolescencia y la juventud necesitan un refuerzo espiritual (como los refuerzos físicos de aceite de hígado de bacalao que antiguamente daban nuestras madres).

En esta misma catequesis el papa recordaba una frase que ya se encuentra en sus escritos pastorales como arzobispo de Buenos Aires: “El árbol tiene la fuerza de las raíces”.

Recuerdo que en el número 108 de la exhortación postsinodal *Christus vivit*, el papa cita una poesía de Francisco Luis Bernárdez, titulada *Sonetos* que se encuentra en la obra *Cielo de tierra*, escrita el año 1937. La tesis del soneto es que el árbol tiene flores y frutos gracias a sus raíces, y que si vivimos en la fe, la esperanza y el amor a Cristo, no hay esfuerzo ni sufrimiento que no tenga su fruto. El poeta parte de la experiencia, tan humana, del enamoramiento, y dice:

“Si para estar ahora enamorado  
fue menester haber estado herido,  
tengo por bien sufrido lo sufrido,  
tengo por bien llorado lo llorado.

Porque después de todo he comprendido  
que no se goza bien de lo gozado  
sino después de haberlo padecido.

(Y atención a estos últimos versos y al símbolo del árbol:)

Porque después de todo he comprendido  
que lo que el árbol tiene de florido  
vive de lo que tiene sepultado”

Es decir, aquello que el árbol posee, en flores y en frutos, vive de lo que tiene escondido, es decir, de sus raíces.

El papa en la catequesis aludida pedía a todos los miembros adultos de las familias que tengan un tiempo para hablar, en especial lo pedía a los padres y madres, que no duden en “perder tiempo”, hablando con los hijos. Y lo mismo cabe decir de los abuelos con los nietos. En suma, no dejemos de hacer lo que sea posible. El Señor lo sabe mejor que nosotros.

## **6. Una anécdota final**

Y una anécdota final. Un sacerdote diocesano ya jubilado, a sus casi 90 años, me ha explicado una anécdota que me parece les podrá servir a ustedes, personas mayores. Vive en la Residencia Sacerdotal de San José Oriol, de Barcelona. Con motivo de la Cuaresma, visitó la casa un venerable sacerdote de la diócesis de Lleida, que reside en Roma. Es el conocido don Joan Esquerda Bifet, durante muchos años profesor en la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma, un gran experto en la espiritualidad sacerdotal. Les dirigió una meditación en la capilla de la casa. Y en un determinado momento les dijo: “Creo que os conviene pensar que ahora, sin cargos y sin responsabilidades directas en la diócesis, sin embargo, esta etapa puede ser la más fecunda de toda vuestra vida”. Con cariño, me atrevo a recomendarles lo mismo a todos ustedes.

## **7. Oración final: “No permitas Señor, que sea un viejo triste”**

Finalmente, permítanme compartir con todos ustedes una bella oración.

Durante una Eucaristía de celebración de años de ordenación presbiteral, un sacerdote agradeció al Señor por el día en que lo eligió para ser un pastor de la Iglesia, reflexionó sobre el momento que está viviendo y le pidió a Dios que lo ayudara a llevar su ancianidad sin que le falte nunca una sonrisa ni una palabra de agradecimiento.

Les invito a leer un extracto de las palabras que este sacerdote dirigió a los presentes en la misa ya que nos pueden iluminar mucho a los miembros de Vida Ascendente:

“...Señor acepta mi ancianidad, pero no permitas que me convierta en un viejo de mí mismo. No quiero darme por vencido, y recordar con nostalgia el tiempo pasado. Contigo Señor he tomado el decidido camino hacia adelante... y no quiero mirar hacia atrás... Acepto mi cuerpo frágil y torpe para andar... lo acepto así tal cual es. Hazme caminar, aunque sea a paso lento, pero no me dejes instalado: lo que no he hecho, lo que no he amado, lo que no he vivido. No quiero que entre en mi corazón la desconfianza, ni el miedo a la muerte. Quiero creer en ti que eres el Dios de la Vida. ¡No importa Señor, que mi memoria sea frágil, que olvide el nombre de las personas, ciudades y cosas, que ellos sabrán perdonar! Acepto que mis amigos disimulen mis olvidos y me sujeten de los codos para subir y bajar las escaleras... les agradezco la finura de su gesto. Señor, no permitas que sea un viejo triste y con ello entristezca a los demás... haz que no sea gruñón, ni agrio, ni mal agradecido... ni un viejo vanidoso con aires de pieza de museo... ni un viejo difícil y susceptible... Señor, dame la sencillez de corazón para confesar que estoy cansado, pero no me quites el servicio al mundo y a la Iglesia... no quiero retirar mis manos antes que tú me lo pidas con la enfermedad o la muerte. Mantén en mí la voluntad de aceptar contento mis limitaciones, marginaciones y la obscuridad que siempre viene con el regreso a casa... y, al no tener responsabilidades, goce orando por los que toman el relevo. Que cuando ya no pueda predicar, me contente con desgranar arvejas o regar las plantas de mi jardín... y cuando no pueda salir al jardín, pueda mirar desde la ventana las actividades de

los gorriones y logre escuchar el canto de los zorzales, rezando el Padre Nuestro y el Ave María. Aún más Señor que cuando ni siquiera pueda hacer otra cosa que dejarme cuidar por las personas que me rodean, entonces sepa por lo menos, SONREIR Y AGRADECER”.

Gracias por vuestra gran confianza, por vuestra entrega y por vuestra amable atención. ¡Qué Dios os bendiga!

+ Sergi Gordo Rodríguez  
Obispo auxiliar de Barcelona.